

EDAD Y CREATIVIDAD EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO JURÍDICO Y POLÍTICO

**(Consideraciones de índole biográfica y demográfica
en torno al período activo de los respectivos autores)**

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Antonio Truyol Serra *

*En memoria de Olimpia Begué Cantón, cuyo gran saber
iba a la par de su generosa disponibilidad para comunicarlo*

Desde mis primeras lecturas de libros de historia, allá por los años, áureos y de grato recuerdo, de estudio del bachillerato, ciertas fechas han alcanzado para mí una peculiar significación.

Las fechas son ciertamente las acompañantes naturales de todo relato histórico, cuyas fases enmarcan, contribuyendo a estructurar y hacer inteligible el curso, por lo demás ininterrumpido, del río de los acontecimientos. Y si bien los números, en relación con los hechos relatados, pueden resultar subjetivamente más o menos gratos (según vayan unidos a recuerdos o representaciones positivos o negativos de la memoria, tanto individual como colectiva), suelen aparecernos como objetivamente inscritos en el devenir en el tiempo y en el espacio, al registrarlos sin más. De ahí que las referencias a los mismos lleguen a ser rutinarias. Su entidad propia les confiere con respecto al lector una autonomía que es a la vez distancia psicológica. Es lo que ocurre, por ejemplo, con fechas como las de la Paz de Westfalia (1648), el Congreso de Viena (1814-1815), la Conferencia de Berlín

* Sesión del día 27 de abril de 1999.

(1884-1885), por atenernos a algunas de alcance mayor. Es obvio que tal autonomía y distanciamiento entre la fecha y su impacto subjetivo se reduce en acontecimientos más próximos a nosotros y que nos atañen en mayor grado, como la Revolución de octubre (1917), la Paz de Versalles (1919), la Guerra civil española (1936-1939), la Conferencia de Yalta (1945), la caída del Muro de Berlín (1989), la disolución de la Unión Soviética (1991), por no llegar a la dolorosa actualidad que lleva como nombres Croacia, Bosnia-Herzegovina y Kósovo, sin olvidar, para no incurrir en un eurocentrismo, los de Sudán y Ruanda entre otros más. Pero por mucho que nos «hablen» y conciernen humanamente, estas fechas no dejan de tener en sí mismas una dimensión objetiva más allá de su resonancia en nuestras mentes o en nuestras sensibilidades.

Diferente desde un principio es el eco de las fechas históricas que encuadran las vidas de los personajes que aparecen y desaparecen en su escenario. Porque aquí se trata de realidades existenciales, nada menos que del nacimiento y la muerte de seres humanos únicos e irrepetibles, cuyo destino no deja indiferente en un sentido o en otro. Ello es así ciertamente con respecto a los actores históricos con los que nos sentimos más directamente identificados en razón de nuestra participación en la vida intelectual o sentimental del mundo que nos rodea. Y aquí interviene indefectiblemente la situación mental y afectiva que en su seno ocupamos.

Por mi parte, voy a referirme a mi condición no sólo de lector, sino también de autor en el ámbito de la Historia de la Filosofía del Derecho y del Estado, a la que he consagrado la mitad de mi actividad docente e investigadora. Dejaré a un lado la Antigüedad grecorromana y la Edad Media, por la mayor inseguridad de los datos de que en muchos casos disponemos al respecto. Empezaré con el Renacimiento, y dividiré la exposición en tres grandes partes, siguiendo las subdivisiones de la cuarta edición del tomo segundo de mi obra y ateniéndome a los respectivos autores, buscando en cada época la media de edad de éstos y su relación con sus obras, así como los factores del entorno que incidieron en ellas de una manera significativa.

En un momento dramático de su agitada existencia, en la que conoció la cárcel, el poeta Verlaine, con acento conmovedor, se formuló la pregunta de qué había hecho de su juventud:

*«Qu'as-tu fait, ô toi que voilà
Pleurant sans cesse,
Dis, qu'as-tu fait, toi que voilà,
De ta jeunesse?»*

Sin incurrir, a Dios gracias, en la angustia atormentada del vate francés, pero sensible a los destinos de quienes, más allá de la expresión de ideas y doctrinas, fueron hombres de carne y hueso, con ciclos vitales concretos y variadísimos, colocados ante el reto de la supervivencia en la creatividad, si les preguntaré, desde una posición de «amor intelectual», en términos de Espinosa, no tanto lo que hicieran de sus vidas, cuanto lo que, por su empeño propio y las circunstancias del medio, fue de sus vidas.

RENACIMIENTO, REFORMA, CONTRARREFORMA O (DESDE UNA PERSPECTIVA DISTINTA) RENACIMIENTO, REFORMA PROTESTANTE Y REFORMA CATÓLICA

El Renacimiento fue, como es sabido, una época de intenso ardor intelectual, de curiosidad universal a partir de una nueva concepción del lugar del hombre en el cosmos. La Reforma, en cambio, en su doble vertiente de Reforma y Contrarreforma o de Reforma protestante y Reforma católica, vino a ser, en parte, continuación y, en parte, contención del espíritu del Renacimiento; y al producirse la división confesional, ya definitiva, de la Cristiandad, fuente de enfrentamiento espiritual que degeneró en lucha. Ello es decir, que la vida no fue fácil, ni para los creadores de la nueva ciencia de la naturaleza basada en la aplicación de las matemáticas, ni para los adeptos de las creencias rivales, cuya oposición rebasaría el ámbito del pensamiento para extenderse al de la lucha armada, cuya más terrible expresión fueron la guerra de los campesinos en Alemania, las guerras de religión en Francia, y su culminación, la guerra de los treinta años en Europa, convertida en política en su última fase, todas ellas de inaudita crueldad. Si en algunos casos el ciclo vital natural, regido por las leyes de la genética o condicionado por accidentes del entorno físico (como las frecuentes epidemias), fue más breve de lo que cabe calificar, para la época, de corriente, en otros fue acortado por la acción violenta de los hombres.

De los 75 autores de aquel período estudiados por mí, ocho no pasaron de los cincuenta años; entre ellos, La Boétie (33), el dilecto amigo de Montaigne, cuyo *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* o *El contra uno* ensalza un republicanismo decidido no exento de juvenil retórica, y el prometedor Clapmario (Clapmar o Clapmaier, Clapmarius) (37), cuyo *De arcanis rerum publicarum* (1605) está en los comienzos de la elaboración sistemática del tema de la razón de Estado. Con unos años más (47), la frágil salud de Juan Luis Vives, complicada por la persecución inquisitorial de que fuera objeto su familia, no fue obstáculo para llevar a cabo en su voluntario exilio en Flandes una obra considerable. Más trágica fue la suerte de quienes, como el anabaptista alemán Thomas Müntzer y el reformador de Zurich,

Zvinglio (Zwingli), brillantes polemistas, cayeron a los 35 y a los 47 años, respectivamente, en los campos de batalla de Frankenhausen y Cappel. Como lo fue, aunque en una fase algo más avanzada de su existencia (57 años), la ejecución de Tomás Moro (sir Thomas More), que fuera canciller de Inglaterra, a instigación de Enrique VIII, empedernido coleccionista de esposas que no por legítimas o supuestamente tales estaban a salvo de su vesánica cuando no para ellas peligrosa inconstancia sentimental.

Pagaron, asimismo, tributo a la violencia confesional reinante el también anabaptista Baltasar Hubmaier, muerto en la hoguera a los 77 años, y el hijo de un albañil griego, Jacobo (Giacomo), oriundo de Quíro, y una madre italiana, que, tras ingresar en la orden dominicana, usó el apellido de la familia imperial bizantina, a la que pretendía pertenecer: Jacobo Paleólogo (Jacobus Paleologus), decapitado, a pesar del aprecio de Maximiliano II, a los 65, tras abjurar lo que reconoció ser errores.

Dos supuestos de muerte aparente, en aquel atormentado entorno, merecen, por su peculiaridad, ser mencionados. Afectan en diverso grado a otros dos anabaptistas, neerlandeses ambos: Menno Simons y David Joris. Mientras el primero (65 años), promotor de la no violencia y de la tolerancia, llevó una vida oculta y errante, el segundo (55), aspirante a la instauración de un «reino del Espíritu» en la línea medieval de Joaquín de Fiore, y perseguido, él y sus seguidores, desapareció y logró establecerse con su familia y vivir en holgada y respetada situación en Basilea, bajo el nombre de Juan de Brujas, hasta su muerte, divulgando clandestinamente sus obras. Al enterarse los magistrados de la ciudad, unos años después, de su verdadera identidad, fue condenado póstumamente y quemado su cadáver.

Al margen de esta intrusión de la muerte violenta en el ciclo normal de sus vidas, las de los pensadores aquí considerados se desarrollaron según la siguiente periodización: 18 de 51 a 60 años, 27 de 61 a 70, 14 de 71 a 80, y 8 de 81 a 90. Sólo uno de ellos pasó de los 90, y fue Bartolomé de las Casas, con 92. Lo cual confirma la fortaleza natural del incansable y animoso apóstol de los indios, que cruzó varias veces el mar Océano, sin que las penalidades y las virulentas polémicas le impidieran escribir abundantemente sobre el Nuevo Mundo.

Entre los octogenarios destacan el que fue tenaz adversario de Las Casas, Juan Ginés de Sepúlveda (83); el jesuita Pedro de Rivadeneyra (84), debelador de la «falsa y engañosa e incierta» razón de Estado enseñada por Maquiavelo y otros «políticos de este tiempo»; Juan de Mariana (88), también miembro de la Compañía,

recio y entero, no menos fecundo en obras de insobornable sinceridad y máximo aliento; su compañero de orden portugués, Antonio Vieira (89), gran predicador y aliado en la defensa de los indios del Brasil, cuya vertiente profética que inspiró su inacabada *História do futuro* le emparenta con Campanella. Si recordamos que les preceden ligeramente otros jesuitas como Roberto Belarmino (Bellarmino) (79 años), cardenal italiano que enseñó más de una década en el Colegio Romano y vigoroso polemista, y el logroñés Rodrigo de Arriaga (75), profesor y canciller de la Universidad de Praga y prefecto de estudios en ella durante veinte años, descubrimos una estrecha relación entre la pertenencia a la Compañía y una fecunda longevidad.

Entre los «políticos» fustigados por Rivadeneyra no podía dejar de figurar el diligente y erudito Bodino (Jean Bodin), sexagenario, del que dijo en una ocasión su expositor Pierre Mesnard que rozó la hoguera, razón sin duda por la que, habiéndose atrevido a escribir el *Colloquium heptaplomeres*, en el que siete sabios discuten sosegadamente acerca del valor de las diversas religiones, sin que quede clara su posición personal al respecto, lo dejase inédito, no habiendo sido publicado hasta 1857, por L. Noack (acaba de salir en traducción castellana del P. Primitivo Mariño en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales).

Un ejemplo paradójico de la ambigüedad de la época, es sin duda alguna el de Campanella, apologista de la Monarquía hispánica, que de los 71 años que vivió pasó 27 en cárceles españolas de su Calabria natal, donde pudo escribir –digámoslo sin malicia, por las cambiantes condiciones de cautiverio según los sucesivos gobernadores– a gusto con pluma fértil, y que también cultivó entrañablemente la poesía.

Sin llegar a estos extremos, no olvidemos que Maquiavelo, que estuvo doce años al servicio de la *Signoria* de Florencia, fue cesado por los Medici al volver éstos al poder, quedando relegado, tras breve detención, a un retiro forzoso en su finca de San Casciano, ni que el consiguiente ocio favoreció el despliegue de su actividad intelectual y en particular la redacción de *El Príncipe*. Recobrado el favor de los Medici, pero restablecida (por última vez y por poco tiempo) la República, el golpe que supuso el quedar nuevamente apartado de toda actividad política, con su salud quebrantada, aceleraría su muerte, el mismo año, al cumplir los 58; un año más, por cierto, que su paisano Guicciardini, quien, tras una carrera política más brillante que la suya, bajo los Medici de Florencia y de la rama papal en Roma, consagró sus últimos años a escribir su gran *Storia d'Italia*; y que Gracián, cuya condición de jesuita no le situaría finalmente, a pesar de su referencia a las «razones de establo», tan lejos del autor del *Príncipe* como pudiera parecer, debido a la

común fascinación que les produjera la Fortuna; y un año menos que Justo Lipsio (Joest Lips, Justus Lipsius), cabeza del neoestoicismo y el tacitismo, cuya conversión al protestantismo y vuelta al catolicismo refleja dramáticamente a escala individual el desgarramiento espiritual de la que Hans Baron calificaría de «era confesional» (*das konfessionelle Zeitalter*). Con menos intensidad, no fue ajeno a tales oscilaciones de la conciencia religiosa, en la Polonia de los Jagellones, unida dinásticamente a Lituania, Modrevio (Modrzewsky, Modrevius) (en torno a los 69 años), cuyo *De republica emendanda* se sitúa en la órbita de Erasmo y de Vives, especialmente, respecto de este último, en el problema de la lucha contra la pobreza.

Más sosegado fue, con todo, el paso por esta vida de hombres como Erasmo de Rotterdam (70 años) y su discípulo Witzel (Witcelius), sacerdote de Sajonia que abrazó el luteranismo y volvió al catolicismo (72), paladines, ambos, de la tolerancia en el marco de la fe tradicional renovada; el obispo portugués Jerónimo Osorio (74), uno de los primeros refutadores de Maquiavelo; y Giovanni Botero (77), jesuita que salió de la orden y fue secretario del cardenal Carlos Borromeo, precursor de la demografía y la geografía política, escritor fecundo cuya obra *Della ragion di Stato* contribuiría poderosamente a la difusión del término, desarrollado en lo que puede denominarse un «realismo cristiano»; sin dejar al margen entre otros al escocés George Buchanan (76), que también fue humanista, historiador y poeta, defensor del derecho de resistencia al poder tiránico, pero tuvo dificultades por tomas de posición displicentes; ni Juan Altusio (Johannes Althaus, Althusius) (81), que en la misma línea elaboró en su *Política* frente a la teoría del Estado de Bodino la teoría en cierto modo germánica del mismo, de raíz federal y corporativa.

El grueso de los autores de este período histórico-doctrinal se sitúa entre los 51 años (18) y los 70 (27), perteneciendo al grupo, además de los ya mencionados, entre otros, F. de Vitoria (63 años), Domingo de Soto (66), L. de Molina (65), Lutero (65), Calvino (55), Hooker (56), Barclay (62), F. Suárez (69), Modrevio (69).

La media de edad de los 75 autores considerados es de 64,5 años.

Con Altusio hemos llegado al límite del período histórico en cuestión. Pero antes de pasar adelante, conviene establecer una distinción, anterior ciertamente al Renacimiento, pero que alcanzaría con él mayor relieve. En un célebre pasaje de su *Utopía*, Tomás Moro, al que Enrique VIII confiaría luego el cargo de canciller del Reino, al preguntarse, como siglos antes Platón, si debe un filósofo ponerse al servicio de un rey, señala que, si bien no hay en los consejos áulicos sitios para la «filosofía de escuela» (*philosophia scholastica*), o sea, aquella «que piensa que cualquier principio suyo puede aplicarse a todo» en términos absolutos, prescindiendo

de consideraciones de oportunidad, hay otra clase de filosofía, más civil (*philosophia civilior*) que, ateniéndose a dichas consideraciones y a objetivos limitados, puede inspirar reformas beneficiosas. En esta línea, la Filosofía del Derecho y del Estado se polarizará, en efecto, en amplia medida entre una filosofía «de escuela», escolástica en sentido amplio, centrada en la enseñanza y profesionalizada, y la que se cultive al margen de las instituciones docentes como actividad cultural libre, eventualmente compatible con otras. Si Vitoria, Soto, Molina, Belarmino, Suárez, pero también, en el luteranismo, Melanchton (63 años), particularmente favorable a su conciliación con el iusnaturalismo aristotélico, y J. Oldendorp (87), que desarrolló sus tesis en varias universidades, y en el calvinismo Altusio, son prototipos de la primera, lo son de la segunda, también entre otros, Maquiavelo, Erasmo, Guicciardini, Moro, Vives, Modrevio. Esta dualidad se acentuará en el período siguiente.

LA ERA DE LA RAZÓN Y DE LAS LUCES (SIGLOS XVII Y XVIII)

Después de la agitación de los espíritus y las tensiones de la época anterior, la Era de la Razón y de las Luces, que corresponde a los siglos XVII y XVIII, y desde el punto de vista de la historia de las ideas suele extenderse hasta Kant, presenta una fisonomía más sosegada. El principio de la tolerancia religiosa y el paulatino desarrollo del liberalismo político y el constitucionalismo van creando un clima de convivencia más suave en el seno del *Ancien Régime*, pese a la crítica a la que es sometido por doquier. La instauración del «sistema europeo de Estados», regido por el «derecho público europeo» y fundado en los principios de la legitimidad y del equilibrio, despoja las guerras de su anterior dureza y las convierte en políticas. Limitadas éstas en su alcance y sus objetivos (una sucesión, una provincia, etc.) en manos de lo que he llamado «la internacional de los monarcas», dieron lugar a lo que vino a ser el «siglo de oro de la guerra», interrumpido en 1792 por las guerras de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico al trasladarse la soberanía de los reyes a los pueblos, de ahora en adelante directamente implicados. En este nuevo entorno social y político el ciclo vital dependerá menos de factores extrínsecos, naturales y humanos. Pero no faltará, en la vorágine de la Revolución francesa y sus secuelas, el impacto negativo de las prisiones, los destierros, las ejecuciones.

Los autores estudiados de este período son 92. De ellos, seis no pasaron de los 50 años por causas naturales. Tal fue el caso de Pascal (37 años), de una excepcional precocidad, matemático a la vez que filósofo, que, tras «distraerse» en mundanerías de salón, convertido al jansenismo, tuvo tiempo para polemizar con la moral, a su juicio excesivamente laxa, de los confesores jesuitas, pero no pudo ya

llevar a cabo su proyectada *Apología de la religión cristiana*, de la que sólo quedarían, cual patético testimonio de la lucha con la muerte, las notas publicadas bajo el título de *Pensamientos*. Su *Oración a Dios para pedir el buen uso de las enfermedades* es reveladora. De sólo seis años más dispuso Espinosa (Spinoza) para rematar, lejos del mundanal ruido, una obra, en buena parte anónima, de incomparable densidad, cuya última parte, el *Tratado político*, quedó, asimismo, inconcluso. Más breve todavía fue el tiempo (36 años) concedido a Gaetano Filangieri para dar cima a su *Scienza della legislazione*, de la que salieron siete tomos en vida del autor y otro póstumo, sin que el (legítimamente) ambicioso proyecto inicial hallara su término. Cabe recordar aquí que Goethe, durante su viaje a Italia, visitó a Filangieri en su Nápoles natal, quien por cierto le dio a conocer la obra de Vico.

Cuando, con un año más del que hemos tomado como punto de referencia en esta clasificación, una vida fue sacrificada, en Inglaterra, a la lucha por la supremacía del Parlamento frente a la Corona, ello vino a ser como una herencia de la etapa anterior del pensamiento político. Fue el caso de Algernon Sidney, quien había votado en su día la deposición de Carlos I pero no su enjuiciamiento y, tras haber emigrado durante la Restauración, fue acusado sin fundamento de conspiración contra Carlos II, condenado y decapitado, habiendo servido para la acusación sus *Discourses concerning Government*, entonces manuscritos y que no verían la luz pública hasta quince años después.

Fue en cambio la gran conmoción social y política de 1789 la que volvió a segar desde el poder, de forma legal, vidas pensantes. Fue la primera de éstas la de F. N. Babeuf. Cabeza de un movimiento igualitario y ya claramente comunista, Babeuf distinguía la igualdad jurídica, formal, de la económica, real. De ahí que, implicado en la «conspiración de los iguales» fuera condenado a muerte y ejecutado, teniendo 37 años.

Idéntica, pero en un escenario distinto, fue la suerte de Francesco Mario Pagano, autor de unos *Saggi politici* y unas *Istituzioni criminali* (póstumas éstas) que había puesto su esperanza en la República partenopea instaurada en Nápoles con el apoyo de los ejércitos franceses, y habiendo formado parte de su comité legislativo, murió en el patíbulo, al ser finalmente derrocada la «república hermana», contando 51 años.

Pero el acontecimiento acaso más conmovedor a la vez que simbólico fuera la muerte de Condorcet, decidido partidario de la Revolución, que hubo de esconderse durante el Terror, fue detenido y encarcelado, tomando veneno para no subir a la guillotina; muerte paradójica precisamente en quien redactara en aquellos días

de clandestinidad una de las defensas más entusiastas de los progresos del espíritu humano.

En este período de tiempo la periodización por edades de nuestros autores es como sigue: 14 de 51 a 60 años, 28 de 61 a 70, 27 de 71 a 80, y 10 de 81 a 90. Sólo dos (es decir, uno más que en el grupo anterior) rebasaron los 90, a saber, Hobbes y John Adams (91 los dos). Nacido Hobbes prematuramente por el sobresalto que produjo en su madre la noticia de que se acercaba a las costas inglesas la gran Armada de Felipe II de España, su «hermano gemelo», el miedo, no le impidió, en medio de las agitaciones civiles que costaron la vida a Carlos I, apurar los días a aquel gigante fornido entregado al estudio, ingenioso, social, triste y tímido, que dejó con el *Leviatán* uno de los testimonios más lacerantes de zozobra política existencial. Distinto fue el talante de John Adams, coautor de la Declaración de Independencia de los futuros Estados Unidos de América y segundo presidente de éstos en un clima de libertad y apertura a un futuro colectivo prometedor.

Pisándole los talones, ocupan la década anterior octogenarios, alguno de los cuales se quejara de su salud. Voltaire (83 años) asombró a sus contemporáneos por la inmensidad de una obra diversa y desigual, fruto de una actividad desbordante no sólo intelectual, sino también en el campo de los negocios y las intrigas a menudo dudosas, rozando el escándalo. Mientras sir Edward Coke (82 años), uno de los redactores de la *Petition of Right* de 1628, dio expresión sistemática a la tradición jurídica inglesa del *common law*, Richard Cumberland (86), refutador de Hobbes, y Samuel Pufendorf (87), primer titular de una cátedra europea específica de «Derecho natural y de gentes» (Heidelberg, 1616) e historiógrafo y consejero privado en las Cortes de Estocolmo y Berlín, se sitúan entre los destacados iusnaturalistas de la época. En fray Benito Jerónimo Feijóo (88), erudito y crítico «ciudadano libre de la república de las letras», una curiosidad universal y el racionalismo se despliegan en el marco de sus convicciones religiosas. Thomas Jefferson (83), principal autor de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América y su tercer presidente es, asimismo, un prototipo del activismo democrático ilustrado norteamericano, basado en la creencia en la bondad del hombre y su fe en la libertad y la razón, motor de la ciencia y el progreso.

Aquí también, el núcleo de la creatividad se concentra en los autores entre los 51 años (14) y los 70 (28). Figuran entre éstos, junto a los ya mencionados: Francis Bacon (65), ambicioso sin escrúpulos que conoció los vaivenes de la fortuna; Hugo Grocio (Huigh de Groot, Grotius) (62), el «milagro de Holanda», espíritu no menos precoz que el de Pascal, encarcelado en su patria, precursor del ecumenismo y que murió en la oscuridad a raíz de un naufragio en el mar Báltico; Montesquieu (66); Leibniz (70); Rousseau (66); David Hume (68).

Un grupo importante constituye el de los septuagenarios, de los cuales Bossuet (77), Locke (72), Vico (76), Tomasio (Thomasius) (73), Christian Wolff (75), Diderot (71) tuvieron una existencia globalmente tranquila, no exenta de las polémicas inherentes al oficio, y además intelectualmente productiva. Lo primero, sin embargo, sólo puede afirmarse con grandes reservas de Amós Comenio (Komensky, Comenius) (78). Comenio, husita, fue el último obispo de los Hermanos moravos, que después de la batalla de la Montaña Blanca se refugió en Polonia, de donde hubo de huir también al estallar la guerra con Suecia, desprovisto de todo (con pérdida de sus manuscritos); se instaló finalmente en Holanda, siendo asombrosa la labor de conjunto que llevó a cabo en tan duras condiciones.

A los septuagenarios pertenece, en definitiva, Kant, pues, fallecido a los 80 años, los últimos fueron de progresiva decadencia física. Kant, tras el llamado «período crítico» de su evolución intelectual, a raíz de lo que él mismo llamó «una gran luz», no publicó su primer gran obra, la *Crítica de la razón pura*, hasta 1781, es decir, los 57 años, situándose entre esta fecha y la de la aparición de la *Antropología en perspectiva pragmática* (1798) 17 años de una actividad mental cuya tardía densidad sólo se explica por la década anterior de laboriosa gestación. Su vida externa gris de profesor solitario ocultaba una aventura intelectual no por callada menos intensa.

En contraste con las ya mencionadas luchas de tantos otros contra la adversidad, Cesare Bonesana, marqués de Beccaria (56), aristócrata indolente en su Milán natal entonces incorporada a Austria, dedicó su atención preferente, en un clima de serena actividad, a cuestiones de economía y hacienda de las que no quedaría hoy especial recuerdo; pero habiendo redactado, bajo la insistente presión de sus amigos, un tratado sobre los delitos y las penas de resonancia europea, ha quedado en la historia del pensamiento jurídico en cuanto autor de este libro.

Como ya señalamos antes, la anterior distinción entre los «filósofos de escuela» y los que podemos calificar de «mundanos» se hace más clara. Especialmente en Francia, los *philosophes* por antonomasia son los que brillan en los salones. Su pensamiento, menos riguroso, es más crítico con respecto a las instituciones del Antiguo Régimen. Representativos del primer tipo son, a título de ejemplo, Voltaire, Diderot, el barón D'Holbach y, marginalmente, Rousseau. Los del segundo grupo están cada vez más vinculados profesionalmente a las universidades; así, Vico, Pufendorf, Cumberland, Tomasio, Wolff, Kant. Otros actuaron de preceptores de príncipes y aristócratas, como Buchanan, Vico, Hobbes, Bossuet, Fénelon.

La media de edad de los 92 autores considerados es de 67,8 años.

A MODO DE CONCLUSIÓN. PERSPECTIVA POSTKANTIANA SOBRE EL SIGLO XIX

El período posterior a Kant no es globalmente tan homogéneo como el anterior. La Revolución francesa, con su derivación napoleónica, y la Restauración, constituyen una primera fase de intensa discusión y balance intelectual, que se prolonga sustancialmente hasta mediados del siglo XIX. Si bien su núcleo filosófico se aglutina en torno al idealismo alemán surgido del criticismo kantiano, se despliega junto a él un conjunto de doctrinas de especial relieve en Gran Bretaña y la Europa románica, de impronta utilitarista, liberal y socialista. Políticamente, el Congreso de Viena restableció un orden internacional cuyo legitimismo inicial se vería templado por el principio del equilibrio, al margen del incipiente de las nacionalidades, y tuvo el mérito histórico de evitarle a nuestro continente una nueva guerra general durante un siglo.

A pesar de los excesos del Terror jacobino y del autoritarismo napoleónico, se mantuvo un acervo de derechos individuales, acoplado a formas de convivencia constitucional claramente reguladas. La discusión jurídica y política, más libre, se hizo menos peligrosa personal y profesionalmente. Las biografías serán las normales, en condiciones de vida que, sin embargo, seguirán pagando un pesado tributo a la enfermedad. Fichte y Hegel, por ejemplo, caerán víctimas del cólera en plena actividad creadora, a los 52 y los 61 años de edad, respectivamente.

La materia objeto del período que va de Kant a nuestros días es tratada en el que será el tomo III de mi *Historia*. Ello significa que mis investigaciones al respecto están en curso; razón por la cual el seguimiento que he llevado a cabo hasta ahora debe limitarse a un esbozo de las grandes líneas de la evolución posterior, tal como se vislumbra, teniendo en cuenta que el elenco de autores considerado no está todavía cerrado.

En la primera mitad del siglo XIX, de 45 autores en el telar, seis no llegaron a cumplir 50 años –Novalis (con sólo 29), Balmes (38) y Donoso Cortés (44), llegando a esta cifra Adam Müller, Puchta y Johann Kaspar Schmidt, conocido como Max Stirner, apellido más en consonancia con su anarquismo—. En el otro extremo, es notable en este grupo el número relativamente mayor de octogenarios ilustres y activos –Bentham (84), De Bonald (86), Haller (86), Owen (87), Savigny (82)—, pero sin que ninguno rebasase los 90 años. Entre unos y otros, las décadas intermedias incluyen a hombres como Herder (59), Fichte (52), Krause (51), Auguste Comte (59), Gioberti (51), Rosmini (58), Tocqueville (54); y, dos peldaños más arriba, a Joseph de Maistre (68), Saint-Simon (65), Hegel (61), Benjamin Constant (63), Guillermo de Humboldt (68), Coleridge (62), John Austin

(69), Ahrens (66), Taparelli D'Azeglio (69), seguidos de Schelling (79), Romagnosi (74), Pi y Margall (77).

El conjunto arroja una media de 64,5, idéntica a la del período del Renacimiento, la Reforma protestante y la Contrarreforma o Reforma católica.

Sobre la segunda mitad del siglo XIX (que se extiende, como es notorio, más o menos hasta la primera Guerra mundial), las cifras manejadas son obviamente más reducidas, por ser todavía parciales). Pero la tendencia que revelan resulta significativa, por el carácter más regular de las biografías, que lo son cada vez más de profesionales y universitarios, y la inflexión que introducen en su desarrollo global. De los 38 autores traídos a colación, ninguno falleció antes de los 50 años, y uno, el neoescolástico Theodor Meyer, volvió a superar los 90, seguido de cerca por su correligionario Prisco, que llegó justo a esta edad. Mencionemos tan sólo, entre los seis de entre 51 y 60, a Proudhon (57), Nietzsche (56) y Georg Jellinek (60). El grupo mayor (13), de entre 61 y 70 años, incluye, entre otros, a John Stuart Mill (67), Marx (65), F. A. Trendelenburg (70), William James (68), lord Acton (68), Giner de los Ríos (66); y en el siguiente (10), a Ihering (74), Engels (75), Lorimer (72), Gierke (80). La pirámide culmina aquí con los siete octogenarios, entre ellos Liberatore (82), Spencer (83), Adolph Lasson (85).

A esta escala, la edad media de nuestros autores da un salto que cabe calificar de cualitativo, pasando a 71,75.

La tendencia parece llamada a afirmarse en el siglo XX. Basten sólo unas indicaciones brevísimas. La media alcanzada entre 36 autores principales es de 81,85. Las dos guerras mundiales y sus secuelas políticas han vuelto a hacer sentir su influencia, como en Emil Lask, caído a los 40 años en la Primera Guerra mundial, en Hermann Heller, herido en ella y fallecido en el destierro en Madrid a los 43 (dándose la casualidad de que, con unos pocos condiscípulos de entonces, asistí a su última clase), o en Gramsci, secretario del partido comunista italiano condenado 20 años de cárcel y muerto enfermo en una clínica a los 46. Rebasan los 90 Roscoe Pound (94), Del Vecchio (92), Hans Kelsen (92), Carl Schmitt (97), habiendo llegado a los 98 François Gény y, este mismo año, Jean Guitton, en plena lucidez, tras habernos legado con *Mon testament philosophique* (París, Presses de la Renaissance, 1997) un admirable y alentador ejemplo de vitalidad intelectual a la que quiero terminar rindiendo un tributo de entrañable admiración, extensiva a la memoria de quien considero maestro mío, Alfred Verdross, fallecido a los 80, que me hablaba de la reedición de su ya clásico tratado de Derecho internacional público, que yo tradujera, con el entusiasmo de un joven profesor que va a publicar su primer libro.